

EL DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL EN LA VIDA DEL CRISTIANO

S.E. MONS. PAUL JOSEF CORDES

Al reflexionar sobre la naturaleza del hombre los antropólogos, como por ejemplo Philip Lersch en su estudio «El hombre como ser social»¹ han sostenido que la relación entre el individuo y la sociedad se determina dialécticamente. La comunidad y el individuo se necesitan permanentemente de manera recíproca; y sería equivocado resolver la tensión entre ambos de uno u otro polo. El citado autor designa esa relación como «mutua referencialidad» que se realiza en el «entramado social». El mundo que rodea desafía al individuo, como desafían a los hombres el orden y valores de ese mundo. Sólo esta confrontación evita al hombre decaer en un mero reflejo de la sociedad; sólo esta tensión evita que el tejido social humano se convierta en anulación de la autonomía, de modo que el hombre se transforme en un puro «resonante pasivo» (F. Nietzsche).

Por esta razón, el mencionado antropólogo previene ante un «sociologismo» que hoy amenaza no pocas veces. Sostiene que la revolución industrial de los últimos siglos ha cambiado la estructura de toda nuestra forma de vida. De manera que al individualismo que dominaba hasta el siglo XVIII le ha seguido una forma de colectivismo que encuentra sólo en la sociedad «los verdaderos valores a que importa apuntar en la vida humana». Este colectivismo oculta el rostro humano y en absoluto se interesa por el hombre si no sólo por la sociedad. Los medios de comunicación, el abastecimiento y la conducción de las masas han clasificado progresivamente al individuo en «una espesa red de relaciones y dependencias interpersonales y transpersonales» que lo han llevado verdaderamente a una «vida de encrujadas relacionales» (A. Gehlen).

No por casualidad se revela alguno contra tal empobrecimiento, aún cuando por otra parte posea escasa fuerza para resistirlo. En efecto, experimentamos hoy «un tiempo de grandes organizaciones, en las que

1. P. LERSCH, *El hombre como ser social*, München ²1965.

el individuo figura únicamente como un sujeto de funciones que es racionalmente calculable e intercambiable, y poco interesante en su individualidad, un tiempo de la creación de opiniones y de adaptación niveladora de las voluntades a través de los medios técnicos de la comunicación de masas»².

Por supuesto hoy es menos hacedero que en épocas pasadas dejar la barca en la que vamos sentados junto con otros. Sin olvidar que, respecto a la elección del estilo de vida y las formas de conducta, «lo más cómodo y seguro es, ...hacer, opinar, pensar, hablar como los demás» (S. Kierkegaard). La modernidad seduce mediante un gregarismo indefinido —y la postmodernidad protege ante ese fenómeno todavía menos—. El fenómeno de la masificación aniquila progresivamente cualquier autodeterminación humana. Obliga a la acomodación social e impone la nivelación. La capacidad de decisión del individuo se reduce. Cualquier ideología y modas influyen, haciéndose determinantes. En lugar de una percepción realista y de la iniciativa autónoma se extiende «una pacífica conducción» (A. Gehlen).

La predicación y la catequesis no pueden embarcarse sin más con estos movimientos sociales del pensamiento; en realidad, hay que presentar a la humanidad *de hoy* el mandato de Dios y dar respuestas a las cuestiones actuales sobre Dios. Sin duda, la Iglesia tiene claro el beneficio «que ella debe agradecer a la historia y al desarrollo de la humanidad» (*Gaudium et Spes* n. 44). De este modo que precisamente en la actualidad la misión salvífica de la Iglesia busca al individuo; la alta valoración de la idea de comunidad en la teología y en la pastoral no debe provocar un rechazo de cada uno. Por eso, es de agradecer una sensibilidad pastoral que subraya la necesidad de una insustituible acentuación de la persona.

Es ésa la cuestión sobre la que deseo reflexionar. Se ha dicho a veces que la teología debe hacerse pensando sólo en la verdad, sin preocupaciones pastorales. Ciertamente la verdad es criterio decisivo, pero también es cierto que la realidad lanza interrogantes y suscita cuestiones, y personalmente considero que no es malo reaccionar frente a planteamientos y actitudes, aunque eso pueda producir la impresión de que se da lugar a una «teología interesada», si bien en realidad se trata más bien de una teología interesada por la verdad.

En esta conferencia quiero reaccionar, concretamente, ante el peligro de un impulso a la acción por parte del cristiano en el que Dios queda escondido detrás de los discursos teóricos y de las estructuras. El maestro Eckart afirmó muy claramente que un mero saber sobre

2. *Ibid.*, p. 234.

Dios vale poco, que lo que importa es buscar a Dios, tener sed de Dios, con un deseo que lleve a buscarlo continuamente.

Para experimentar esa sed —y quiero contribuir a suscitarla— es necesario ante todo reconocer la necesidad, o al menos la belleza, de la búsqueda de Dios, también en la vida ordinaria, más allá de los programas y empeños de acción social. Mejor dicho, no quedándose sólo en esos empeños y programas. Pomover actividades y tareas es importante, pero si se quita de la vida la sed de Dios, se la priva de algo de extraordinaria belleza y se la condena a la aridez. La conciencia de la responsabilidad social y la experiencia del vivir en comunidad, son vitales, pero no pueden sustituir a la sed de Dios. No hay vida humana seria sin sentido de responsabilidad. Y la experiencia de la comunidad constituye un elemento indispensable en el desarrollo humano. Pero esas realidades, deben estar acompañadas del desarrollo de lo que, en ocasiones, se ha designado hablando de «ojos de la fe».

Al desarrollo de la fe, a un crecimiento de la fe que lleve a reconocerse personal y directamente ante Dios, contribuye —conviene señalarlo— la relación con los demás. Tengo necesidad de otros que me ayuden a descubrir a Dios, porque yo sólo no siempre sabría verlo. Dietrich Bonhöffer dijo en cierta ocasión que Dios habla más claramente a través de la voz de los demás, que a través de la propia de cada uno. Así es ciertamente. Pero también lo es que la masificación hace que el hombre se desdibuje como persona concreta, y pase a ser un mero individuo perdido en la masa, olvidando que Dios está ante nosotros.

Para salir al paso del riesgo de masificación, de olvido de lo concreto quedándose sólo en proyectos y en planes generales, muy claro en nuestro momento cultural, es necesario advertir que estamos situados personalmente ante Dios, también en la vida ordinaria. Y esto requiere a su vez que se despierte en el alma esa sed de Dios a la que me refería hace un momento. Este es el punto preciso sobre el que quisiera reflexionar, alegando el testimonio de los Padres de la Iglesia y de algunas grandes personalidades, como Erik Peterson o el Beato Josemaría Escrivá, que han vivido con hondura el deseo de Dios.

1. EL «GUSTO POR DIOS» EN ALGUNOS PADRES DE LA IGLESIA

Los antiguos padres de la Iglesia —que eran teólogos y pastores a la vez— pueden ser compañeros espirituales de viaje y conducir personalmente al individuo hacia el «gusto por Dios». Sus predicaciones y meditaciones despiertan la certeza de que el propio Dios tri-personal atrae incesantemente a cada individuo hacia la más plena

participación en la felicidad de su vida trinitaria. La experiencia que ellos pusieron por escrito y que cada creyente puede llevar a la práctica, nos ilustra y nos motiva a la vez.

Así por ejemplo *Ireneo de Lyon* († circa 202) dice que el hombre puede observar en sí mismo aquello que le acerca o aleja de Dios, y enseña que es infinitamente mucho mejor permanecer junto a este Dios. El mártir y teólogo desarrolla una especie de regla para el camino salvífico individual: enseña que lo que es válido para el pueblo de Dios veterotestamentario también es válido para el creyente individual; Dios aspira a consolidar al hombre a través de la experiencia de la lejanía en la experiencia de su cercanía. En efecto, la experiencia de Dios se hace presente en la autoexperiencia del bien y del mal. Dice,

«Por medio de la longanimidad que Dios le muestra, el hombre conoció ambas cosas, a saber: el bien de la obediencia y el mal de la desobediencia, de manera que el ojo del espíritu, en la experiencia propia de ambos, prefiera con discernimiento la elección del bien, y no sea ya perezoso ni negligente con el mandamiento de Dios; y sienta en su propio cuerpo que aquello que le roba la vida es el mal, para que no lo pretenda ya más... Y por este motivo se le concedió una doble facultad, por que posee el conocimiento de ambos, el bien y el mal, de manera que prefiera intencionadamente la elección del bien. Pero ¿cómo habría podido obtener el hombre este discernimiento para el bien sin el conocimiento de su contrario?... Pues así como la lengua por medio del gusto alcanza la experiencia de lo dulce y lo amargo, y como el ojo a través de la vista diferencia lo negro de lo blanco, y el oído distingue por la audición los diferentes sonidos, así también el espíritu, tras haber adquirido el conocimiento del bien por medio de la experiencia contraria, se hace más escrupulosamente atento a conservarla por la obediencia a Dios» (*Adv. Haer.* IV, 39, 1 [SC 211, 392]).

El obispo desarrolla en diversos contextos la idea fundamental de una conducción individual del hombre por Dios. Ocasionalmente sostiene también que esa conducción tiene como presupuesto la Encarnación de Cristo: sin la experiencia a la que se somete Cristo en su Pasión y Muerte no podríamos nunca alcanzar la experiencia de la vida en Dios «Él se hizo Hijo del hombre para habituar al hombre a recibir a Dios, y habituar a Dios a vivir en el hombre» (*ibid.* 20, 2 [SC 211, 392]).

Orígenes († 254) hace avanzar este proceso de conocimiento cuando pasa de la experiencia bíblica de Dios a la teología espiritual. Se deja llevar por el pensamiento hebreo y griego al decir que sólo lo experimentado es realmente propio del hombre. Y en este sentido en-

tiende con la palabra «experiencia» dos cosas: «hacer apropiación lenta y esforzada a través del tiempo y con ello experimentar lo que Dios es de verdad para el hombre».

Orígenes y, más tarde, *Evagrío* († 399) continúan desarrollando estas ideas en el marco del sistema filosófico del platonismo. El primero de ellos interpreta la existencia alejada de Dios como la pérdida de una experiencia divina primitiva con motivo de la individualización del alma. Según esto, el toque de la gracia divina sería un recuerdo de aquel origen divino perdido, un roce que despierta en el hombre la esperanza en un final de plenitud. El segundo, concentra su atención al acercamiento escalonado a Dios y en la visión inmediata de Dios por la oración y la contemplación: en efecto, es la oración un regreso del espíritu alejado de Dios hacia la plena comunión con Dios. Aquí son superadas todas aquellas formas sensitivas y espirituales del encuentro con lo divino, que permanecen en la memoria o que son presentadas por los demonios, de manera que el orante alcanza la perfecta ausencia de sensibilidad como máximo estado de oración.

Escuchemos finalmente a *San Agustín* († 430). Parte de sus observaciones de las reacciones del alma humana que sin duda son válidas incluso ante una mentalidad formada en la psicología moderna. El obispo de Hipona habla ciertamente de su propia experiencia y parte del versículo del evangelio de San Juan: «nadie puede venir a Mí, si el Padre no le atrae» (6, 4). Ante todo, Agustín afirma la certeza de que el Padre no llama y no atrae al individuo en contra de su voluntad. «Es atraído el espíritu y sin duda a través del amor... Sólo con la libre voluntad sería muy poco: se te atrae también por medio del placer». Pues, qué otra cosa puede estar en juego cuando dice el Salmista: «Alegra tus entrañas en el Señor: entonces Él te dará lo que tu corazón desea» (Ps. 26, 8-10). Según esto, habría un placer del corazón para el cual el pan del Cielo sabe dulce. Y si el famoso poeta latino Virgilio reconoció que el placer mueve e impulsa el corazón humano, entonces es cierta la siguiente observación: no es la coacción la que empuja, sino que es el deseo ardiente quien actúa; no mueve la obligación, sino la alegría. «¿Con cuánta mayor razón debemos decir que el hombre es atraído a Cristo cuando se alegra en la verdad, en la bienaventuranza, en la justicia y en la vida eterna?».

San Agustín se continúa preguntando si sólo los sentidos corporales pueden obtener el placer; ¿el espíritu no puede acaso sentir placer? Si no fuera así, entonces no sería cierta la palabra del Salmista, según la cual los hombres se sienten protegidos a la sombra de las alas de Dios, se sacian de la abundancia de su casa y beben de los ríos de los deleites divinos, porque es en Dios donde se halla la fuente de la vida (cfr. Ps. 36, 8-10). «Dadme un hombre que ame, y sabrá lo que digo;

dadme un hambriento, dadme uno que camine por el desierto, siente sed y desea la fuente de la patria eterna; dadme un tal, y comprenderá lo que digo. Pero si le pregunto a uno de corazón empedernido, no comprenderá lo que digo» (Io. Eu. Tr. 26 [CChr. SL. 36, 261]).

No hay duda: el Dios trinitario y amante pretende que cada hombre individualmente se convierta hacia Él y se le entregue con amor. Dios actúa en el hombre como conductor del alma, y también cuando un director del alma muestra al hombre el camino a la bienaventuranza eterna. Las vidas individuales sobresalientes y los caminos extraordinarios de la existencia no permiten otra explicación. Proclaman poderosamente el interés de Dios por el hombre. Y poseen la fuerza de convicción de los modelos, así como la fascinación de lo auténtico; porque la acción salvífica de Dios es siempre original y sorprendente.

2. ERIK PETERSON

Comencemos con un hombre de la primera parte del siglo XX que nos informa acerca de su propio camino con la elevada calidad profesional del gran teólogo, y de cuya historia recientemente hemos sido informados de manera excelente: Erik Peterson. Algunos apuntes, reflexiones y episodios de su rica vida proclaman que Dios mismo tocó su alma y que el alma de cada individuo no se puede dejar sustituir en su respuesta ante Dios³.

Tal como escribe en su intercambio epistolar con el teólogo protestante A. von Harnack, fue la «Asociación Alemana de Estudiantes Cristianos» (DCSV) la que —«visto psicológicamente»— condujo al joven Peterson hacia la conversión. Esta agrupación estudiantil, de impregnación pietista, tenía como objetivo que los jóvenes hicieran la experiencia concreta de un «nuevo nacimiento espiritual». Parecía a la gente joven que su cristianismo contemporáneo desfallecía en razón de una cierta obvedad social; y, sin embargo según el testimonio de la Escritura, Dios espera del bautizado una relación individual y personalizada con Cristo y también la transmisión misionera de la fe a los demás.

Erik Peterson nos ha dejado su experiencia de conversión en un apunte del 7 de julio de 1910. En él todavía cabe notar la conmoción del autor. Por otro lado, percibimos contenidos muy concretos y unas

3. B. NICHTWEISS, *Erik Peterson: Neue Sicht auf Leben und Werk*, Freiburg im Br.-Basel 1994.

circunstancias concomitantes que avalan la credibilidad del suceso. Para Peterson precedió a la experiencia de Dios un momento de tensión dolorosa, íntima y extrema: habla él del final de la lucha y del combate. Entonces —y precisa lugar y tiempo— le fue regalado el encuentro. No sucedió esto con motivo de la meditación de textos de la Escritura sino posiblemente con motivo de un profundo esfuerzo de reflexión sobre cuestiones trinitarias; en efecto, llama la atención la reiterada mención de la diversas Personas divinas. Estas personas se le han «mostrado». A ellas dirige Peterson su afecto, que formula con gran ternura, y acompañado de gozosa conmoción: se habla de alegría, felicidad, de un «sentimiento amoroso en la inteligencia». Este encuentro otorga al receptor una certeza largamente ansiada que, también se menciona de modo reiterado. Además, le invade la alabanza de Dios, que pone en incesante movimiento su voz y boca —en la forma sorprendente de un hablar en lenguas—. Simultáneamente emerge en él la acción de gracias por esta experiencia, pero también de la acción salvadora de Jesús, que ahora considera como una acción especialmente referida a él. Ciertamente Peterson sabe también que con esta experiencia el cielo todavía no está alcanzado: en efecto, habla de combates posteriores y de las trampas de Satanás. Dice,

«Señor Dios, mi amado, amado Padre. Te agradezco desde lo hondo del corazón que hoy te me hayas mostrado por medio de tu Santo Espíritu y de nuestro Señor Jesucristo tu Hijo Unigénito. ¡Cómo te agradezco Padre por esta bondad Tuya! Ahora termina el combate y la lucha. Ahora te has convertido en mi amado Padre y Jesús en mi hermano del corazón. Jesús mío, quédate conmigo como mi Protector, mira que Satanás vendrá a menudo todavía. Cuando eso suceda, lucha Tú a mi lado contra él. Cómo me alegro, qué feliz soy porque ahora he nacido de nuevo. A partir de hoy, 7 de julio de 1910 (martes) comienza a datar mi nueva vida».

Después de esta oración, sigue el comentario del joven Erik;

«Atardecía. Según mi costumbre fui a pasear. Me torturaba de nuevo la duda de que nunca había estado bastante cierto de que Dios y Jesús fueran todavía el objeto de mis deseos y de que me engañaba constantemente como si ya los poseyera. Pero entonces Dios me envió su Santo Espíritu. Un sentimiento amoroso emergió en mi razón al hilo de este pensamiento, y me hice consciente de mi Dios y de mi Jesús del corazón. ¡Qué grande fue mi alegría! Durante todo el camino de vuelta a casa alabé a Dios en lenguas y agradecí a nuestro amado Señor Jesús de que Él hubiera asumido el trabajo amargo y de que hubiera venido por nosotros al mundo y hubiera muerto. Ahora estoy seguro de todo lo que enseña la Iglesia, de todo lo que han sentido los miembros vivos de la Iglesia».

Erik Peterson tiene esta experiencia bajo el influjo de la «Asociación Alemana de Estudiantes Cristianos». En la misma medida al menos determinaron también sus orientaciones vitales los escritos y la vida del danés S. Kierkegaard. En la biblioteca de Peterson, que en parte procedía todavía de su tiempo de estudio, está generosamente representado este filósofo. Volviendo la mirada hacia su evolución espiritual, el mismo Peterson designa a este gran defensor del «individuo» como su «mentor espiritual», cuya capacidad de reflexión «le previno quizá ante los peores errores». Los conceptos clave en Kierkegaard de «desesperación», «pasión» y «decisión» fueron para Peterson orientación e impulso, especialmente tras los años de la Primera Guerra Mundial. Pero su búsqueda y su pensamiento constantemente le llevaron mas allá de su mentor.

Y precisamente el proceso de sus afanes muestra un elemento adicional que toda adecuada reflexión debe considerar. A diferencia del danés, para quien la Iglesia nunca constituyó una ascensión cualitativa en la existencia del individuo, Erik Peterson nunca perdió de vista la vinculación eclesial del creyente, contra toda crítica de la imagen de su Iglesia. Es lo que cabe deducir de unas frases dirigidas a un amigo anónimo, al que escribió probablemente en torno a los años 1918-19. Peterson evoca la carta a los Efesios para apoyar su idea de que la Verdad no es algo individual, casual, objetivado, empírico, sino que sólo existe fácticamente cuando se hace realización y revelación. «Pero sólo así se aclara la vinculación de una Iglesia y de un fundador de religión, ...pues este vínculo no es algo secundario, como opinan el protestantismo y el liberalismo si no que se halla en la esencia de la transmisión religiosa... y se basa en la esencia de la verdad (la verdad puede ser sólo captada en la existencia, no en la lógica)».

3. JOSEMARÍA ESCRIVÁ

Llega el momento de mencionar al que es común denominador de este simposio: la persona del beato Josemaría Escrivá. Puesto que estamos a las puertas de su canonización, y pronto se le concederá pública veneración universal, me pareció oportuno no ocuparme inmediatamente de su persona misma y hacerlo en cambio ahora. En cambio, quería destacar a partir de él una verdad pastoral de validez general. Para esto debía situarlo entre una serie de testigos de ese conocimiento de Dios al que vengo refiriéndome, es decir, valorarlo como constatación de una perspectiva de fe que también se puede observar en otros modelos de existencia cristiana y que se puede confirmar por los grandes conocedores de la vida espiritual. Ya que el beato Josemaría

debe señalar las huellas del camino que lleva a Dios también fuera de la Obra fundada por él, siendo justamente la fundación del «Opus Dei» lo que hace perceptible en su vida la «mistagogia» de Dios.

Siendo joven sacerdote, Josemaría Escrivá fue profesor de Derecho Romano y Derecho Canónico de la Academia Cicuéndez en Madrid donde desarrolló su docencia en el curso mil novecientos veintisiete-mil novecientos veintiocho. Se limitó a impartir clases por la tarde. El tiempo restante lo dedicaba a sus obligaciones de capellán en el Patronato de enfermos de las Damas Apostólicas, lugar que constituía el centro de muchas y variadas actividades caritativas y apostólicas. Estas actividades le mostraron al joven sacerdote un cuadro realista de la situación pastoral de su tiempo y de su entorno. En estas circunstancias aprovechaba cualquier ocasión para acercar a los hombres a Dios. Iniciaba muy temprano su ministerio en el confesionario. Los domingos el Patronato se llenaba de niños y niñas de cincuenta y ocho escuelas que tenían las Damas Apostólicas en los diversos barrios de Madrid. El capellán se encargaba también de la preparación de los niños para la Primera Comunión. En una meditación de 19 de marzo de 1975 recordaba⁴: «Horas y horas por todos los lados, todos los días, a pie de una parte a otra, entre pobres vergonzantes y pobres miserables, que no tenían nada de nada; entre niños con los mocos en la boca, sucios, pero niños, que quiere decir almas agradables a Dios... Fueron muchas horas en aquella labor, pero siento que no hayan sido más».

A la actividad en el Patronato se le unían numerosas visitas domiciliarias en la ciudad. Eran inevitables las urgencias cuando, por ejemplo, había que atender a un moribundo e incluso sanar su situación matrimonial. También ocupaba su tiempo con la atención a enfermos crónicos y para la administración del Sacramento de la Penitencia en los Primeros Viernes. El beato Josemaría atendía a quienes dependían de él, aún cuando vivieran en lugares alejados o en calles perdidas. Todo esto encendía su celo pastoral: veía sin espejismo las necesidades humanas y tenía la seguridad de fe de que sólo Dios podía darles salvación y curación.

Su realismo espiritual impulsaba al joven capellán a pedir constantemente a Dios para que bendijera su trabajo. Concretamente su deseo se dirigía hacia una empresa que había sentido oscuramente ya en el Seminario en Zaragoza. Más tarde en mil novecientos sesenta y dos escribía en una carta: «Tenía barruntos de que el Señor quería

4. Ésta y las demás palabras literales del Beato Josemaría que se citan están tomadas del original castellano del libro de A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei: vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, vol. I, Madrid 1997. Vid. también P. BERGLAR, *Opus Dei. Vida y obra del fundador Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid 1987.

algo: pasaron muchos años sin saber qué era, y —mientras— decía de continuo una jaculatoria acordándome del ciego del Evangelio, yo ciego también, en cuanto a mi porvenir y al servicio que Dios deseaba de mí: *Domine, ut videam! Domine, ut sis!*, he repetido durante años; que sea, que se haga eso que Tú quieres; que yo lo sepa, da luz a mi alma».

Esta petición la renovó con nueva intensidad durante muchos meses ante de la fecha crucial del dos de octubre de 1928. Y así confesaba en otra meditación: «Cuando yo tenía barruntos de que el Señor quería algo y no sabía lo que era, decía gritando, cantando, ¡como podía!, unas palabras que seguramente, si no las habéis pronunciado con la boca, las habéis paladeado con el corazón: *ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur?*; he venido a poner fuego en la tierra ¿y qué quiero sino que arda?» (Meditación, 2.10.1962).

A menudo a lo largo de esos meses a los que me refiero le habían venido a la cabeza estas palabras del evangelio de San Lucas, provocando un movimiento interior particular. Presentía que su vocación le metía de lleno en una aventura. Respondió a este presentimiento con su total apertura a la voluntad de Dios. A la vez anotaba tales momentos de gracia en papeles sueltos. Él mismo nos informa (*Apuntes*, n. 414): «Por si no he dicho nada, haré constar que, sin duda alguna, tendría yo dieciocho años, o quizá antes, cuando me sentí impulsado a escribir sin orden ni concierto...». Meditaba las notas que había tomado una y otra vez y sacaba de ellas consecuencias para su acción. Su mirada atenta no le dejaba duda alguna de las debilidades de la fe de los cristianos, como también de la intención de muchos que querían reducir la Iglesia a la sacristía y al ámbito privado. Y todo eso le hacía sufrir.

Llegó finalmente el momento en que sus propias experiencias espirituales se vieron coronadas con la luz largamente anhelada. Del treinta de septiembre hasta el seis de octubre de 1928 realizó ejercicios espirituales. Se dirigió a la calle García de Paredes con su maleta y con una pila de fichas; éstas registraban las huellas que la acción de Dios había dejado en su vida. En el marco del silencio y de la oración se confrontaba de nuevo con las pasadas muestras de gracia y las experiencias de fe. El dos de octubre, en la fiesta de los Ángeles Custodios, ese conjunto de sucesos se transformó en mensaje.

Dios respondía a su permanente ruego. Encontró la clave para interpretar la totalidad. En sus *Apuntes* (n. 306) constata: «Recibí la iluminación *sobre toda la Obra*, mientras leía aquellos papeles. Conmovidome me arrodillé —estaba solo en mi cuarto, entre plática y plática— dí gracias al Señor, y recuerdo con emoción el tocar de las campanas de la parroquia de Nuestra Señora de los Angeles». A lo largo de su

vida estará ya cierto el beato. Durante más de diez años Dios puso a prueba, de modo inmediato, su capacidad de fe y de amor para fundar en la Iglesia el «Opus Dei». El dos de octubre de 1928 recibió por fin la luz.

El Beato describe ciertamente lo que había sido su propio camino cuando responde lo siguiente a una pregunta sobre la vocación: «Si me preguntáis cómo se nota la llamada divina..., os diré que es una visión nueva de la vida. Es como si se encendiera una luz dentro de nosotros; es un impulso misterioso, que empuja al hombre a dedicar sus más nobles energías a una actividad que, con la práctica, llega a tomar cuerpo de oficio. Esa fuerza vital, que tiene algo de alud arrollador, es lo que otros llaman vocación... Jesús se mete con un acto de autoridad en el alma, en la tuya, en la mía: ésa es la llamada» (*Carta* 9.1.1932, n. 9).

Es la Iglesia la que evidentemente condujo al beato Josemaría al encuentro con Dios; se sabe llevado por Ella y quiere ser su servidor. En este sentido, se diferencia claramente del joven Erik Peterson, que en el momento de su experiencia mística no estaba afincado en la Iglesia católica. En todo caso el joven sacerdote español nunca basa su camino solamente sobre el impulso individualista. Es consciente de la capacidad de error a que está expuesto el individuo. De manera que busca al director espiritual, al representante de la Iglesia como ya había aconsejado el gran San Ignacio a los ejercitantes en orden a la correcta interpretación de las mociones espirituales.

Josemaría nos informa que en un primer momento le había faltado alguien «a quien abrir el alma y comunicar en el fuero de la conciencia *aquello* que Jesús me había pedido» (*Apuntes*, n. 1864). En el Patronato de Enfermos tuvo casualmente noticia del P. Sánchez como un solícito confesor. Una mañana, al comienzo de julio de 1930 visitó al jesuita en la Comunidad de la calle de la Flor y le pidió dirección espiritual. «Entonces, despacio, comuniqué la Obra y mi alma. Los dos vimos en todo la mano de Dios. Quedamos en que yo le llevara unas cuartillas —un paquete de octavillas, era—, en la que tenía anotados los detalles de toda la labor. Se las llevé. El P. Sánchez se fue a Chamartín un par de semanas. Al volver, me dijo que la Obra era de Dios y que no tenía inconveniente en ser mi confesor» (*Apuntes*, n. 1866).

Muy pronto habló también con el Vicario General de la diócesis de Madrid, D. Francisco Morán. Y en todo momento confrontó su experiencia interior con la doctrina y la autoridad de la Iglesia, firmemente persuadido de la acción del Espíritu Santo en el propio corazón y en la comunidad cristiana.

CONCLUSIÓN

Este Congreso teológico hace memoria del beato Josemaría Escrivá. Ciertamente él sería el primero que pediría ocuparnos de él para mejor conocer la acción de Dios en el hombre; y debemos seguir esas huellas, no tanto en razón del beato mismo sino de la acción de Dios en él. Fue un pastor encendido y apasionado, empujado por el ansia de llevar a sus contemporáneos a Dios. Por esta razón, para todos nosotros debe ser un incentivo de la entrega a Dios y para todos los que atendemos. ¡Qué le escuchemos nuevamente dentro de nosotros! Que los Padres de la Iglesia y los modelos de vida cristiana nos convezan de nuevo que el apostolado no es, ante todo, una técnica, un conocimiento de reglas que la inteligencia capta y el estudio enseña. Es más bien la transmisión de una experiencia que debe hacer el propio apóstol; mejor todavía: la expansión de una brasa que el Espíritu de Dios ha encendido en el creyente.

Quisiera concluir con algunos puntos centrales o indicadores para el camino de la evangelización, que aspiran a ser una cierta síntesis de lo escuchado:

1.º No cabe duda de la urgencia pastoral de una «mystagogia». Quien no vea aquí una tarea eclesial, desconoce el alma del cristiano actual. «Lo primero y esencial que debe determinar la religiosidad del futuro, es la relación personal e inmediata con Dios... El cristiano del mañana será un místico, uno que ha experimentado algo, o no será» escribió Karl Rahner inmediatamente tras el Concilio.

2.º Conforme al antropocentrismo hoy dominante en el apostolado y la evangelización, las propuestas y consideraciones al respecto deben conectarse con la convicción patrístico-escolástica de que el hombre no puede prescindir de Dios: tenemos ante los ojos así como el Adán de Miguel Ángel restaurados de la Capilla Sixtina: su dedo extendido de modo desfallecido evidencia que el hombre no es capaz de vivir sin Dios. Pues hoy también corre peligro la apertura a Dios cuando no es visto ya como último fin del hombre, sino que es rebajado a puro medio.

3.º El cristiano debe vivir convencido de que Dios ya le ha encontrado. El creyente tiene «Dios a la espalda», no como posesión privada, sino para hacer con sus congéneres lo que Dios ya ha hecho en él: abrir al prójimo al amor de Dios y su palabra salvadora. En este sentido, la experiencia de Dios enseña el «cooperar-con-Dios» en los hermanos y hermanas. La convicción de que el Espíritu Santo mueve el corazón del hombre no es un espiritualismo de equívocos esfuerzos ascéticos «pseudo-místicos», sino que pide, en cambio, el «seguir haciendo» y el «seguir diciendo» el Evangelio de forma concreta. En esta

empresa activa no faltará el sufrimiento a causa de la propia impotencia; pero esto motivará para buscar tanto más intensamente la cercanía de Dios (H.U. von Balthasar).

4.º Se nos otorga un auténtico «gusto de Dios» en las experiencias que llenan de felicidad nuestra vida: en el amor y en la amistad, en la fecundidad de las obras y en el encuentro renovador con la naturaleza. Pero la ocasión de amar con Dios el «tú» del otro no se halla sólo en lo agradable y en lo fácil. La Cruz y el extremo abandono no se pueden separar del Amor de Dios en Cristo. Así, dicha cruz y tal abandono conducirán también al hombre-amante-con-Dios a la oscuridad y el dolor, de manera que «encuentre a Dios» al pie de esta Cruz.

5.º El lema de San Ignacio de Loyola dice así: «encontrar a Dios en todas las cosas». En su «Contemplación para alcanzar amor» (*Ejercicios*, n. 230-237) escribe que los «beneficios de Dios» le habían llevado a la admiración agradecida de «cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí... y consecuentemente el mismo Señor desea dárseme» (n. 234) A la vez, veía que esa bondad incluye a Dios mismo en su Hijo doliente y sufriente (cfr. n. 206). Pero justo esta comunión con el Sufriente hace partícipe también de la Resurrección: si hemos «muerto con Él», seremos también con Él «con-resucitados», como escribe San Pablo a los Romanos (cfr. Rm 6, 4).

6.º Y el beato Josemaría nos recuerda que hemos de ser conscientes de la presencia divina, en actitud de constante apertura y docilidad a la acción del Espíritu Santo. «La acción del Espíritu Santo puede pasarnos inadvertida, porque Dios no nos da a conocer sus planes y porque el pecado del hombre enturbia y oscurece los dones divinos. Pero la fe nos recuerda que el Señor obra constantemente: es Él quien nos ha creado y nos mantiene en el ser; quien, con su gracia, conduce la creación entera hacia la libertad de la gloria de los hijos de Dios (cfr. Rm 8, 21). Por eso, la tradición cristiana ha resumido la actitud que debemos adoptar ante el Espíritu Santo en un solo concepto: docilidad. Ser sensibles a lo que el Espíritu divino promueve a nuestro alrededor y en nosotros mismos: a los carismas que distribuye, a los movimientos e instituciones que suscita, a los afectos y decisiones que hace nacer en nuestro corazón» (*Es Cristo que pasa*, 130).